

BOLIVAR ENTRE LA HISTORIA Y LA LEYENDA

NESTOR BOTERO G.

**Presidente del
Centro de Historia de Sonsón
Miembro de la
Academia Antioqueña de Historia**

Historia : “Relato de los acontecimientos y de los hechos dignos de memoria”.

Leyenda : “Relato en que está desfigurada la historia por la tradición”.

LOS CAMINOS DE LA SANGRE

Historiadores ha habido que, al desandar los caminos de la sangre que confluyen en el Libertador, han llegado hasta el siglo VI en afanosa búsqueda del que pudiéramos llamar “eslabón perdido” del apellido Bolívar. La cual búsqueda ha tenido por escenario a Vizcaya, en España, donde demora desde siglos remotos un conglomerado humano tan insular y autóctono que ha podido alardear de proceder su estirpe “de sí misma”. Y allá, en ese pueblo ciertamente batallador y noble que bordea el Cantábrico, están las raíces con leyenda hazañera de los Bolívar que se agolparon en el último varón de la estirpe: el Simón nacido en suelo americano y que es en la Historia —y no ya en la leyenda— el Libertador por antonomasia.

Pero dejemos aquí de lado la leyenda de aquellos vizcainos Bolívar que se contaron entre los más decididos defensores del federalismo de su región, tan honrados y altivos a la vez que pagaban tributo al rey pero sin rendirle vasalleje. Dejemos de lado la leyenda hazañera de uno de aquellos Bolívar que dizque en la Batalla de las Navas de Tolosa, en 1212, contribuyó heroicamente al triunfo de la Cruz sobre la Media Luna. Dejemos de lado la leyenda de los Bolívar desterrados a Francia por su empecinamiento batallador en defensa de sus fueros regionales. Dejemos de lado, en fin, todo aquello que como puede ser leyenda puede también ser historia, para traer el apellido Bolívar a América donde escaló, con el último vástago de la estirpe, la más empinada cresta de la historia americana.

Fue un Simón de Bolívar quien, en 1559, al trasladarse de Marquina en España a Santo Domingo en América, sembró en el Nuevo Mundo la semilla de su apellido. El cual apellido bien pudo ser el de Ochoa, pues según algunos afirman sin que validez pueda quitárseles, aquel don Simón hijo era de Martín Ochoa y Magdalena Bolívar, lo cual a nadie debe desvelar porque en aquellas calendas eran de común ocurrencia tales trastrueques de apellidos. Madariaga dice, por ejemplo, que Simón Bolívar “así se llamó ante la ley”, pero que, “en cuanto a la sangre, lo mismo se hubiera podido llamar Simón Rojas, o Herrera, o Vásquez de Escobedo, o cualquiera de los demás apellidos que por docenas figuran en su árbol genealógico”. Pero fue Bolívar porque así lo quiso quien primero le dio prelación a tal apelativo. Es así como lo registra y consagra la historia, y eso basta. Pero . . . hace ya muchos años, muchísimos años, que a nuestro Don Simón le dio la gratitud de gentes y de pueblos un apellido que más que ninguno lo define: Libertador. Don Simón Libertador. De Simón Bolívar no hubo descendencia. De Don Simón Libertador sí la hubo: “sus hijos son los pueblos y los hombres libres de la América separada del antiguo lar español”, como alguien certeramente ha dicho. Sólo hay un Libertador en la vastedad de la historia universal, óigase bien, universal: el Don Simón que se apellidó Bolívar porque así lo quiso un remoto abuelo, pero que para el caso bien

pudo ser Ochoa, o Rementería, si al fin de cuentas es en el apelativo de Libertador donde se agolpan todos los genes de una milenaria sucesión genealógica.

En Santo Domingo nació un hijo de aquel primer Bolívar que sentó reales en América y cristianado fue con el paterno nombre de Simón que al parecer respondía a añosa tradición familiar. Padre e hijo arribaron luego a Caracas, donde Simón “el mozo” casó con Beatriz de Rojas. Fue su hijo Antonio de Bolívar y Rojas, quien casó con Beatriz Rebolledo, matrimonio del cual fue hijo Luis de Bolívar y Rebolledo. Este casó con María Martínez de Villegas y fue su hijo Juan de Bolívar y Villegas, cuyo matrimonio con Petronila de Ponte y Marín dio origen a la leyenda que se conoce como “el nudo de la Marín”. Pero antes de ocuparnos del dicho “nudo”, digamos que de Juan y Petronila fue hijo Juan Vicente Bolívar y Ponte, fruto de cuyo matrimonio con Concepción Palacios y Blanco, fue Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios, largo nombre que bien puede omitirse para dejarlo solamente como Libertador: Simón Libertador.

* * * * *

Que por las venas de Don Simón Bolívar corría sangre originaria del Congo y que tal sangre la hubo de su ilegítima bisabuela paterna, de nombre Josefa Marín de Narváez, afirman sin tartamudez algunos biógrafos del Libertador.

Afirmación aquella todavía improbadada, armada sobre meras conjeturas igualmente dóciles a otros para el negamiento, no así lo de la ilegitimidad de la dicha Josefa, cuya madre, no obstante una afanosa y desde luego muy explicable búsqueda, sigue siendo irresoluble incógnita para los historiadores. Fue el propio don Esteban Palacios, muy tíisimo del Libertador por lado materno y ufanísimo de abolengos tipo sangre azul en todos sus apellidos, quien con acento no exento de ironía le colgó al apellido Bolívar el lastre del “nudo de la Marín”.

Es un hecho que allá por 1667 y 1668 un don Francisco Marín de Narváez, caballero de gran caudal y elegancia, muy prestante y linajudo, vivió en Caracas un amor oculto amén de ilícito con mujer hasta hoy sumida en rotundo anonimato. Fruto de tal pecado de amor, o de la pasión que más que amor pudo haber sido, fue la Josefa Marín de Narváez que a falta de claro origen pudo hacer mérito en abultada fortuna, herencia de su fugaz progenitor. A la cual fortuna se atribuye que con el correr del tiempo diera en ser la bisabuela del hombre más grande de América, pues de no mediar las famosas minas de Aroa y unas cuantas adehalas, posiblemente los Bolívar hasta entonces alardosos de límpido abolengo desde sus vascas raíces —y más aún los Palacios y Blanco—, no hubieran tenido que preocuparse, como se preocuparon, por la “doña Fulana Marín” que tan poca gracia les hacía. Don Pedro de Ponte Andrade Jaspe y Montenegro —“con más nombres que fortuna”— y la dicha Josefa —“con más fortuna que nombres”—, al confundir en matrimonio los nombres de él y la fortuna de ella, proyectaron esos nombres y fortuna en Petronila, su hija. Quien, tan pronto hecha mujer, unió su vida en matrimonio al viudo don Juan de Bolívar y Villegas. Y de esta unión, en la cual también asoma intercambio de abolengo por fortuna, vino al mundo don Juan Vicen-

te Bolívar y Ponte, padre que fuera de Don Simón Bolívar, aquel que contrajo nupcias con la Historia poniendo punto final al largo discurso de su estirpe.

Aquel don Francisco Marín de Narváez muere soltero, en Madrid, pocos años después de sus "non sanctus" amoríos. En su testamento, fechado el 16 de agosto de 1673, hay derroche de paternal sensibilidad, pero es inexplícito en cuanto a la querida se refiere, como bien puede apreciarse de la siguiente transcripción :

"Item declaro: que yo tengo una hija natural y que por tal la reconozco, nombrada Josefa, de edad de cinco a seis años, a la cual hube en una doncella principal, cuyo nombre callo por su decencia, con la cual pudiera contraer matrimonio sin dispensación cuando la hube . . . a la cual dicha mi hija la nombro por mi universal heredera para que todos los dichos bienes los halle y herede con la bendición de Dios y la mía . . .", etc.

"Fácilmente se comprenderá —escribe Vejarano en su Bolívar"— con qué incansable interés se habrá tratado de descubrir a la mujer misteriosa que en el transcurso de dos generaciones más iba a confundir su sangre con la del mango héroe suramericano. Pero todo ha sido inútil y el enigma continúa impenetrable. Tenía ella en verdad la prestancia social que le atribuye su seductor, hombre que murió soltero, que parecía amarla, inmensamente rico y que lejos de reparar su falta haciéndola su esposa, se expatrió para siempre? ¿No sería quizás alguna persona vinculada a sus servicios y al de sus múltiples dependencias? En todo caso parece ya inútil esperar una respuesta a estos interrogantes".

Para don Vicente Lecuna, el fiel guardián de la memoria del Libertador, "el nudo de la Marín" no es tal nudo y carece en absoluto de complejidad. Hallada que fuera por el investigador Landaeta Rosales la anotación bautismal de la niña Josefa en el Libro de Blancos de la Catedral de Caracas, el señor Lecuna arremete contra todos aquellos que han tratado de confundir a la "doncella principal" con "una manceba indígena de Aroa" o con "una negra cualquiera de Caracas... La testamentaria confesión de don Francisco de que sus ilícitos amores fueron con "una doncella principal", con la cual, de haber querido, hubiera podido contraer matrimonio "sin necesidad de dispensación", más el hecho de que la niña fuera bautizada con registro en el Libro de Blancos de la Catedral de Caracas, llevan al señor Lecuna a sostener con calor que la mujer seducida por Marín de Narváez "era de la misma sociedad de Caracas, igual a él en calidad y en raza, de su mismo rango y posición social".

El descubrimiento de Landaeta Rosales tan grato al señor Lecuna, o sea el hallazgo del registro bautismal de la niña Josefa en el dicho Libro de Blancos, no es óbice para que don Salvador de Madariaga insinúe en el Libertador a un mulato confiado al garete del azar, con hados propicios y estrella favorable. Y así vemos cómo don Salvador argumenta sin empacho en su discutido, discutible, pero apasionante "Bolívar": "El que se registrara a la niña Josefa en el Libro de Blancos, no puede aceptarse como argumento de peso, ya que el rico tenía medios para hacer bautizar como blanco a cualquier niño pardo, y aun para trasladar al libro de

los blancos al niño ya inscrito en el de color. Hay casos numerosos". (No cita ni uno solo de los "casos numerosos", quizás por convencimiento de que su palabra de historiador consagrado por sí sola lo acredita).

Tenemos, pues, que quienes afirman la pinta de sangre negra en el Libertador, al igual que quienes la niegan, parten de meras conjeturas, de simples hipótesis, tal vez del grado de amor o desamor que los impele a inquirir. Lo cual —el empecinamiento en uno u otro sentido en tan dubitativas circunstancias— carece de la importancia que se le ha dado, como carecería de trascendencia la plena comprobación del sí, o del no: porque ni agrega pedestal a la Obra, a la Acción de Bolívar el que sea pura su sangre, ni le disminuye a ese mismo pedestal la sangre africana que pudo correr por sus venas. Es su obra y su Acción —así, con mayúsculas— lo que se debe analizar, lo que se puede y se debe sopesar a plena luz del día. Lo demás es música de la flauta de Pan.

¿Tenía el Libertador sangre africana . . .? Que no la tenía, sostienen muchos historiadores e investigadores con don Vicente Lecuna a la cabeza, sin que les falte punto de apoyo. Que sí la tenía, sostienen, también, no pocos consagrados a la investigación histórica, como don Salvador de Madariaga, sin que se les pueda negar razón en absoluto. Entre unos y otros está sembrado el interrogante.

Pero hay un hecho, éste sí irrefutable porque es todo un axioma: Bolívar —nuestro Don Simón Bolívar—, con sangre africana en sus venas, o sin ella, sigue siendo la única Verdad —así, con mayúscula— que ha dado América. Verdad, por desgracia, intrascendente en esta época en que a las verdades se las supone de arcilla. Verdad a diario traicionada por quienes dicen seguirla. Verdad que los colombianos hemos ido dejando a la vera del camino en una cobarde fuga de nuestra misión y destino.

Medellín, 24 de julio de 1983